

Seminario en Salamanca

A la búsqueda de la filosofía perdida

Se ha celebrado en Salamanca el I Seminario sobre Historia de la filosofía española, patrocinado por el ICE y en colaboración con el Departamento de Historia de la Filosofía de la Universidad salmantina.

En él se ha pasado revista a toda una serie de acuciantes temas en torno a la filosofía hispánica. Entre éstos han destacado los que se refieren a su "personalidad y estatuto científico"; al hecho de que "la historia de la filosofía española carece aún de un asentamiento socioacadémico generalizado"; y se ha puesto especial énfasis en subrayar la importancia que debe tener la HFE "como posibilidad misma de la historia general del pensamiento", ya que éste "ha de poder dar razón de sus peculiaridades".

Inauguró la tanda de ponencias la de José Luis Abellán ("El problema de las historias nacionales de la filosofía y la historia de la filosofía española"), quien abordó el controvertido tema del problema de la existencia o inexistencia de las filosofías "nacionales", señalando, además de las dos archiconocidas posturas (no existe nada que pueda predicarse como específico de las filosofías nacionales; una predicación exaltadora del nacionalismo filosófico —que de ordinario se corresponde con el patriotismo político—), lo ventajoso de explorar una tercera vía: las historias específicas, pero entroncadas con las corrientes universales del pensamiento.

Por su parte, Miguel Cruz Hernández comenzó aseverando que, si bien no creía en las filosofías nacionales, sin embargo era obligado tenerlas en cuenta en tanto que método de investigación histórica, y que en este sentido constituían disciplinas fundamentales. Razón por la que estimaba conveniente crear una conciencia social en pro de la incorporación en los planes de estudio de la HFE, en la que debía figurar la atención que merece el pensamiento islámico-hebreo, al que juzga consustancial en la evolución de nuestra historia intelectual.

"Sustantiva" resultó la ponencia ("Historia de la filosofía española: Algunos problemas teóricos") de

Antonio Pintor-Ramos, quien, con el fin de lograr una respuesta rigurosa a los empeñados interrogantes —¿Qué significa exactamente la expresión "historia de la filosofía española"? ¿Qué condicionamiento impone a la ciencia histórica ese supuesto objetivo llamado "filosofía española"? ¿En qué ámbito tiene sentido ese discurso histórico?—, los entronca con los problemas incoados en el seno de la historia de la filosofía general, y así establece que, pese al choque que produce ese contacto, debe concederse que la filosofía española es un hecho derivado de la existencia de las "historias nacionales".

Se refirió Antonio Heredia Soriano en su ponencia ("La filosofía en el Bachillerato español (1938-1975)") al poder filosófico en la España franquista. Por su idiosincrasia, la filosofía estatal es filosofía convertida en poder; de este modo, la filosofía se constituye en el sostén principal de un sistema político.

Cirilo Flórez presentó un modelo teórico de la reconstrucción de la escena filosófica española a partir de la guerra civil. El método de que se sirve lo denomina "coyuntural". Dentro del "nacional-catolicismo" (no una ideología, sino "familia ideológica") se origina una serie de conflictos por imponer la supremacía ideológica. Hay que apuntar tres tendencias: 1) tradicionalista ("Arbor"); 2) modernista ("Escorial", "Revista de Estudios Políticos"), y 3) independientes ("Revista de Occidente", "Índice", "Boletín de Salamanca", "Praxis", "Theoria"), grupos que van a jugar el papel clave de la reconstrucción.

Alain Guy ("La filosofía española en el extranjero: el círculo de Toulouse") delineó los planes trazados por el Centro EAR, número 80, fundado por G. Bastide. Este "laboratorio" estudia la filosofía peninsular e iberoamericana en todas sus facetas: metafísica, lógica, ética, estética, etcétera, y distinguiéndola escrupulosamente de la literatura y de la mística, y dando especial preferencia a autores y obras poco conocidos y olvidados. ■ MIGUEL MERINO MERCHAN.

trampa, la cotidianidad de lo femenino, el abandono de lo heroico como forma de expresión. ■ YMELDA NAVAJO.

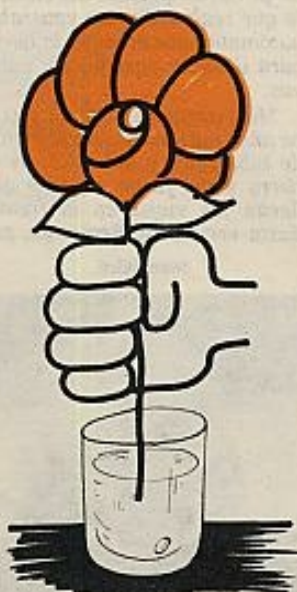
Un socialista utópico amante de la belleza

William Morris nació en 1834 y murió en 1896. Hijo de un rico comerciante, pudo dedicarse, libre de preocupaciones económicas, al estudio y a la lectura, pero no sólo para su placer personal, sino que dedicó toda su vida a propagar la necesidad de un cambio radical en los planteamientos sociales y políticos de la sociedad industrial inglesa del pasado siglo. Obsesionado por la degradación del medio ambiente y por el crecimiento vertiginoso de los pueblos y ciudades, no vio otra alternativa que el socialismo, al que llegó leyendo los ataques de Mill al socialismo de estilo fourierista. También le ayudaron en su educación alguna lectura de Marx, "aunque debo confesar que si bien disfruté completamente de la parte histórica de 'El capital', sufrí auténticas agonías de confusión mental al leer la parte puramente económica de ese gran libro". Y el último toque se lo proporcionaron sus amigos anarquistas: "De ellos aprendí, muy a pesar de sus intenciones, que el anarquismo era imposible, del mismo modo como había aprendido

de Mill, pese a su intención, que el socialismo era necesario". Gran amante de la belleza y del arte, Morris atacó con dureza los pedestres intereses que dominaban la política de su tiempo, incapaz de hacer la vida agradable. Poeta, ensayista, novelista, diseñador, alguno de sus escritos ha favorecido que a veces se le presente como un enemigo acérrimo del desarrollo y de la industrialización; otras, los teóricos le asignan el papel de creador de la actual y corrompida "cultura del diseño". Como dice Aguilera Cerni, "se le atribuye la gloria de haber iniciado un proceso lineal hacia la racionalización del diseño, pero se ha omitido su crítica de unas condiciones sociales y de una situación del arte cuyas consecuencias estamos padeciendo".

Bajo el título "Arte y sociedad industrial" (1) se ha publicado un hermoso libro en el que se recopilan varios escritos —cartas y conferencias sobre todo— a través de los cuales podemos acercarnos a Morris, de quien hasta ahora apenas se conocía nada en España directamente, por lo que "sus opiniones llegaban siempre filtradas —y muchas veces deformadas— por los criterios de cada autor y por los intereses culturales e ideológicos representados en la dialéctica conflictiva del mundo contemporáneo". Con un excelente prólogo de Vicente Aguilera Cerni, el libro incluye el Manifiesto de la Liga Socialista de Inglaterra que escribió Morris y varias reproducciones de sus diseños y estudios ornamentales. ■ G. G.

(1) William Morris: Arte y sociedad industrial. Fernando Torres, Editor. Valencia, 1977.



Dice la leyenda —la leyenda y nada más que la leyenda—, en alguna ocasión, cierto pintor griego, que tampoco es mucho más legendario, pintó unas moscas posando sobre una de sus naturalezas muertas, y que eran tan verdicas que el público quería espantarlas para que no ensuciasen la pintura. Si la anécdota fuese cierta, habría que decir, simplemente, ¿bueno y qué? ¿Para qué sirve esa broma?

Digo todo esto a propósito de la exposición del colombiano Santiago Cárdenas, "hiperrealista", según esa clasificación al uso de hoy, que a mí no me